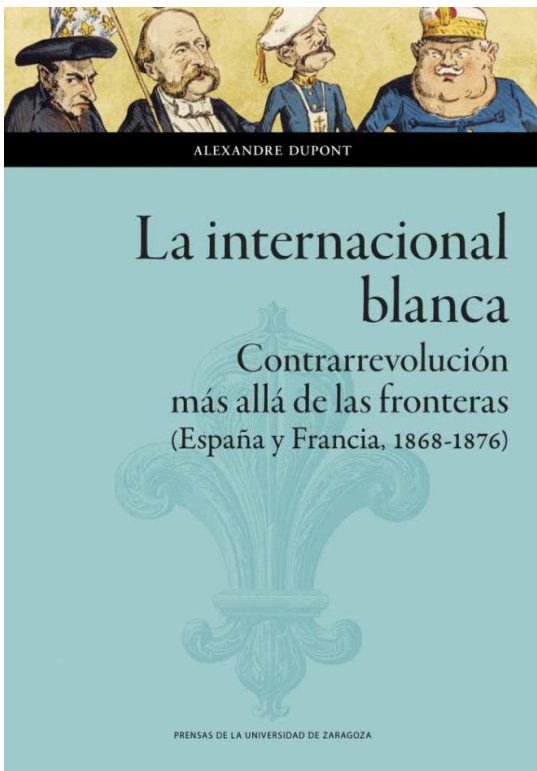


Alexandre DUPONT, *La Internacional blanca. Contrarrevolución más allá de las fronteras (España y Francia, 1868-1870)*, Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2021, 486 pp. ISBN: 978-84-1340-104-1

Alexandre Dupont, joven profesor de la Universidad de Estrasburgo y con una prometedora carrera ya como historiador, como acredita bien este volumen, basado en su tesis doctoral, defendida en La Sorbona en 2015 explora un campo que empieza a ser estudiado (habría que citar aquí a Jordi Canal), el de las solidaridades transnacionales



en la Europa del siglo XIX en el campo de la derecha más intransigente que cristalizaron, no de manera formal, pero sí muy real y operativa en una Internacional de signo contrarrevolucionario, *blanca*, cuyas vertientes, muy ricas y variadas es posible discernir bien en el apoyo a la causa del pretendiente Carlos de Borbón y Austria-Este, titulado por sus partidarios como Carlos VII. La segunda guerra carlista, por tanto, librada con especial intensidad en el área vasco-navarra y en Cataluña, pero cuya duración y relevancia precisa, para ser bien explicada, de ahondar no solo en las redes internacionales legitimistas, sino también en las que se anudaron en los territorios franceses colindantes con España, sobre todo en los Bajos Pirineos, como expresión de una densa historia común, de unas peculiaridades específicas al espacio transpirenaico y, también, de los negocios que la guerra intensificó y que bordearon o se hallaban plenamente inmersos en la ilegalidad, caso del contrabando. En realidad, el libro está muy enfocado hacia esta área transfronteriza y sobre las relaciones, múltiples

y densas entre los carlistas y sus vecinos franceses entre los que abundaba la simpatía, la adhesión ideológica y hasta la colaboración directa en los campos de batalla. Lo que justifica plenamente el recurso a los conceptos de transnacional y transnacionalidad, tan en boga en la actual historiografía. De todos modos, las redes legitimistas no estaban —no podían estarlo— desconectadas en absoluto de ese espacio transpirenaico hacia el que

trataban de dirigir los recursos necesarios para la guerra en forma de armas, voluntarios o dinero, o del que a su vez partían emisarios, informaciones que luego podían aparecer publicadas en los periódicos legitimistas, no solo franceses, o se gestionaba lo recaudado en suscripciones entre las poblaciones próximas a la frontera o bajo la forma de exacciones aplicadas en las aduanas carlistas. Se trataba, pues, de un circuito de doble dirección.

Transnacionalidad, pero también modernidad, que constituye otra de las claves interpretativas aplicadas por Dupont en su estudio y que incita al lector a no arrellanarse en un cómodo enfoque de todo este mundo contrarrevolucionario como mercado abrumadoramente por el arcaísmo y la obsolescencia. Al igual que se está demostrando en estudios actuales sobre el catolicismo intransigente tan característico de la segunda mitad del siglo XIX, con el papa Mastai Ferretti, que ponen de manifiesto que intransigencia en el plano dogmático no tenía por qué entrañar un desdén hacia componentes de las sociedades modernas que facilitaban la difusión del mensaje católico, popularizaban la imagen del papa o permitían desplazar a grandes masas de fieles a los lugares de peregrinación, del mismo modo las redes de apoyo internacional a la causa de D. Carlos hicieron un abundante uso de dichos medios, mostrando además una considerable inventiva a la hora de servirse de ellos. Es significativo a este respecto lo que el autor nos cuenta acerca de la financiación de la causa y de cómo se lanzaron varios empréstitos en los que ofrecían atractivas garantías de rentabilidad para el inversor (ciertamente condicionadas a que Don Carlos entrara en Madrid como rey de los españoles) al tiempo que servían para ampliar o reforzar los vínculos con el carlismo. Así, en el libro se cuestiona la construcción de la modernidad en el siglo XIX, que supuestamente encontraría su expresión en la hegemonía del Estado liberal que finalmente se impuso. Una discusión o una puesta en cuestión que habría tenido lugar sobre todo en el nivel transnacional.

La obra se apoya mucho asimismo en el concepto de politización, referido especialmente a las poblaciones que habitaban en estos espacios pirenaicos de frontera (aunque no solo) cuya participación en la política la aborda sobre todo estudiando su vida de relación, su sociabilidad y que se habría canalizado a través de registros clásicos, dentro de la legalidad, como suscripciones, campañas de prensa, banquetes, peticiones, de los que carlistas y legitimistas hicieron amplio uso, pero también de prácticas ilegales, muy frecuentes en estos espacios de frontera y cuyos autores encajarían en el modelo de los bandidos sociales. Dupont, no obstante, nos invita a no establecer una distinción entre sus acciones —como el contrabando, el robo, la resistencia a las fuerzas del orden— asociadas a un arcaísmo residual, y las que catalogamos como legales por cuanto ambos tipos habrían coexistido en el seno de la Internacional blanca. Él se propone, pues, reinscribir la politización (en el ámbito de la derecha, de la contrarrevolución) en un contexto social más amplio, por cuanto permitiría entender mejor las prácticas políticas no solo de las elites, de la aristocracia, muy bien representada en estas redes transnacionales, sino también de individuos de extracción popular, que no están en modo alguno ausentes y no solo en los territorios del sur de Francia, sino también en otros puntos de este país, así como en otros países europeos como se percibe a través del análisis de las suscripciones para la causa de D. Carlos, de los datos biográficos de los voluntarios que se enrolaron —o pretendieron hacerlo— en su ejército, de la rica información de los archivos policiales, etcétera.

Esta vertiente del libro permite, por tanto, visualizar de un modo excelente el carácter cosmopolita, transnacional, de los apoyos al legitimismo en Europa y la amplitud de la movilización que desde los años 1830 había puesto en marcha en favor de diferentes causas, como la de la soberanía temporal del papa, el combate en pro de los derechos del último rey de Nápoles, Francisco II, la instalación en el trono de Francia del conde de Chambord —frente a las pretensiones de la rama de los Orléans— o, en fin, esta última, la del joven

pretendiente a la corona española, Carlos de Borbón, que en realidad, y si adoptamos una perspectiva temporal más amplia, remontándonos al final del periodo de la Restauración en Europa, habría sido la primera, ya que, como recuerda el autor, el legitimismo monárquico y católico había convergido ya en la península ibérica en las décadas de 1830 y 1840 (no hay que olvidar que en este espacio, los *miguelistas* encabezaron también en Portugal una lucha similar a los carlistas en España).

En esta sucesión de combates, sin embargo, la experiencia romana concretada en la defensa de los Estados pontificios, ya mermados tras la derrota de Castelfidardo (1860), desempeñaría un papel crucial por cuanto en favor de los derechos del papa se había creado el cuerpo de los zuavos pontificios formado por voluntarios de distintas nacionalidades — francesa, sobre todo, pero también española— que forjaron estrechos vínculos de amistad que al cabo de pocos años reverdecieron al calor de la movilización en favor de Carlos VII, ya sea incorporándose directamente a las unidades carlistas que luchaban en España contra el enemigo liberal, lo que podía entrañar laboriosas gestiones en las que la solidaridad surgida en los combates romanos intervino a menudo para facilitarlas, ya bajo otras formas muy diversas pero que venían aunadas por el objetivo compartido de contribuir a la victoria de los ejércitos carlistas o aumentar las simpatías en Europa hacia ellos. En esta trama de solidaridades el hermano de D. Carlos, Alfonso, un antiguo zuavo pontificio, asumió un marcado protagonismo, pero también su esposa, María Nieves de Braganza cuyo activismo en favor de los derechos de su cuñado Carlos se resalta en diferentes partes de esta obra, al lado del de otras mujeres, como Marguerite Cournet, miembro del comité carlista de Bayona.

Como venimos señalando, Dupont concede una atención muy específica al espacio transfronterizo, pirenaico, en el que se gestaron, finalizaron o se originaron gran parte de los hechos por él estudiados. Un espacio débilmente nacionalizado, lo que evidenciaba los límites de las políticas del Estado-nación, no solo en la parte española, sino también en la francesa (estaba la lengua, además, en el caso del territorio vasco). Un espacio, lógicamente marcado por la frontera entre ambos países (cuya delimitación, no obstante, constituía un hecho reciente: un tratado de 1860) que no se erigió de todos modos en un obstáculo infranqueable, sino que más bien puso en valor su interés comercial como se manifestó durante la guerra carlista a través a menudo de prácticas transfronterizas de carácter ilegal (o de dudosa legalidad), lo que podía dar pie a conflictos con las autoridades estatales. Y luego estaba la amenaza que la guerra supuso para un sistema económico tradicional, de base silvo-pastoril como consecuencia del control y en su caso, represión por el Estado francés y sus agentes de las prácticas mencionadas, debido a las frecuentes reclamaciones por parte de Madrid que estimaba que la acción de su vecino al otro lado de la raya fronteriza se quedaba muy corta, apreciando incluso connivencias entre sus autoridades y los agentes, transportistas, contrabandistas, pasadores carlistas cuya actividad tenía como escenario preferente dicho espacio pirenaico. La guerra, no obstante, depararía una buena oportunidad para que las autoridades reforzaran su control sobre la frontera, imponiendo el pasaporte para reprimir a los carlistas.

Esa atención a la zona pirenaica, a sus peculiaridades sociolingüísticas o económicas refuerza la pertinencia de situar el tema de la politización de comunidades campesinas como en gran parte lo eran todavía las pirenaicas, dentro del marco interpretativo adoptado. De la investigación se desprende la extrema complejidad en las elecciones políticas de dichas poblaciones y la consiguiente cautela a la hora de clasificarlas: ¿se trataba de regiones procarlistas, *blancas* (incluyendo aquí a la zona del Rosellón)? El autor nos propone, alejándose de las tesis de Weber, alinear a los campesinos pirenaicos, defensores de una frontera abierta, junto a los destructores de máquinas, los actores de los motines por las

subsistencias, los bandidos sociales cuyo universo mental era seguramente muy similar y que se integrarían, por tanto, en la larga cohorte de actores populares cuya acción estaba determinada por economías morales cuyo significado se les escapaba a las elites (el libro es también deudor de la obra de E. P. Thompson).

La obra, por último, además de aportar enfoques muy novedosos y bien documentados sobre el legitimismo europeo, lo hace también sobre la visión de la España del siglo XIX desde el lado francés, sobre su supuesto declive y arcaísmo. Constituye, además, una valiosa aportación para mejorar nuestro conocimiento sobre el Sexenio Democrático, renovando de forma sensible el modo de estudiar el carlismo, sin duda uno de los actores principales de este accidentado periodo. Subraya, en efecto los componentes modernos de este movimiento y lo inscribe plenamente dentro de una de las grandes culturas políticas de aquel tiempo en Europa —aunque fuera ya minoritaria— mostrando los vínculos estrechos, de ida y vuelta, con otros movimientos legitimistas.

Rafael SERRANO GARCÍA
Instituto Universitario de Historia Simancas (Universidad de Valladolid)
Rafael.serrano@uva.es
<http://orcid.org/0000-0002-5238-5606>